

Macedonio Fernández: una aventura que comienza

Rodolfo Alonso

Más cerca de los presocráticos o del budismo zen (y aún de la poesía como “una manera de vivir”, al decir de Tristan Tzara) que de cualquier idea más o menos escolástica, académica o profesional de la filosofía o la literatura, la presencia y la palabra viva de Macedonio Fernández (1874-1952) habrán resultado acaso, para quienes fueron dignos de compartirlas, tanto o más vivificantes que esos papeles abandonados donde, sin intención de libro o de edición, fue dispersando señales de su pasión por el pensar, el decir, el ser (“¡Oh, Pasión nunca humilde, siempre cierta!”).

No es novedad para quien trajine con honestidad lúcida en las fronteras del lenguaje y del lirismo, como los místicos en relación con los límites de toda religión, que la palabra humana es a la vez reveladora y ambigua, contagiosa y oculta, carencia y cantera. Y que así como hay silencios que son testimonio de elocuencia, las palabras que importan no se agotan en el mero traslado de un mensaje. No hay palabra de fondo en la cual no tengamos que sumergirnos, no sólo con la vista, sino de cuerpo entero.

Sólo a instancias de los jóvenes y brillantes amigos que fueron capaces de estimar su madurez (Borges, Marechal, Bernárdez y precisamente, Scalabrini Ortiz, a quien obligó al prólogo), Macedonio accedió recién en 1928 a editar su primer libro: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*, uno de los muy pocos que publicó en vida. Auténtica demostración de hondas y muy legítimas inquietudes metafísicas, su mismo desarrollo es prueba también de otras fecundas dimensiones de su espíritu: humor, nada de complacencia, carencia absoluta de pomposidad y verbosidad, inocencia exigente, devoción fraternal por el lector, a quien se invita no sólo a ahondar sino directamente a formar parte de estas páginas.

El resultado, a la vez sesudo y fresco, no es apenas un libro sino más bien una evidencia. La mirada filosófica de Macedonio se arraiga con la vida, es a la vez idealista y concreta, etérea y humanísima (“Consíentase esta necesidad de intimidad y de lírica en una obra de pura doctrina”). De tal modo que, si por un lado resultaría aconsejable una adecuada formación “que no es mi caso” para poder seguirlo en todos sus matices, también sería conveniente haberlo olvidado todo para estar así en condiciones de entregarse desnudo y libre a una experiencia que el autor imagina, no sin buenas razones, incluso transformadora. Tras comenzar significativamente la obra con un poema (“Haya poder contra la Muerte: El Ser no tiene ley, / todo es Posible”), Macedonio encara francamente al lector: “Considera a mi libro un alegato pro pasión contra el intelectualismo extenuante”. Y a continuación, siempre a modo de proemio, rompe el discurso incorporando tramos de su correspondencia, donde no debería sorprendernos descubrir a William James. Y tampoco, por lo que a ambos toca, entre otros compañeros y amigos, a Juan B. Justo, el médico que tradujo por primera vez *El capital* al castellano y que fundó el Partido Socialista Argentino, a quien, habiendo fallecido antes, con precisas y tocantes palabras imagina

sonriendo, al leer este libro, “con escepticismo y caridad”.

Hay por lo menos dos clases de escritores: Aquellos que tratan de dejar concluida su obra teniendo en vista de algún modo a la posteridad y esos otros que la viven o la dejan inconclusa, entre los cuales hubo hasta quienes recomendaron destruirla (Kafka), o quienes, en el lúcido decir de Valéry, por una u otra razón sencillamente la abandonan. Macedonio es de éstos y, de no ser por la apasionada e inteligente devoción de uno de sus hijos, Adolfo de Obieta, él mismo un intelectual de primera lamentablemente fallecido hace poco, sólo soñando hubiéramos podido contar con esas *Obras completas*, donde se inscribe esta reedición que nos ocupa (Corregidor, Buenos Aires, 2001).

Con responsable honestidad, ya en una edición anterior el mismo compilador aclaraba que “No es libro preparado por el autor. Por lo demás, todos o casi todos los suyos no resultaron de un acto cuidadosamente personal de construcción, sino más bien de la simpatía de amigos recopiladores, seleccionadores u ordenadores de textos.” Rodea así Obieta al texto original de 1928 con aquellos trabajos rescatados por él de entre los manuscritos que, a su criterio, participan del mismo espíritu.

No sería injusto hacer notar que el propio Macedonio, como él imaginó de Justo, también sonreiría “con escepticismo y caridad” al ver que sin embargo, en esta ocasión, una errata involuntaria ha transformado su título original en *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*. Lo que sin duda no hubiera sorprendido a quien, como él, tenía ya una aguda conciencia de las características para nada lineales del lenguaje humano, como lo prueban su capítulo “Definiciones de ideas y vocablos” y el texto aquí añadido: “Yo sé la palabra en la boca del ser”, donde creeríamos verlo acaso aludir al Wittgenstein que iría mucho más lejos: “Todo lo que se piensa bien puede decirse claro.”

Para completar esta perspectiva de Macedonio con respecto a las limitaciones y riquezas del lenguaje humano, que lo hace tan actual, y precisamente por lo que ella se relaciona con su propia devoción por la poesía, en ese mismo capítulo en que Hobbes aparece cuatrocientos años después de su muerte sentado en un hotel de Buenos Aires, hay una nota al pie donde se dice algo que complacería sin duda a Mallarmé y a Valéry: “¿Puedo combinar una prosa que suscite en igual orden y grado los sentimientos que cada compás va suscitando en una música?” Como se ve, en gran medida un presocrático, la poesía y la filosofía (reunidas en la misma llama y más cerca del *logos*), lejos estaban de encerrarse para él en supuestos géneros de fronteras irreconciliables. ■

Rodolfo Alonso (Buenos Aires, 1934). Poeta, ensayista, traductor y periodista argentino. Tiene más de veinticinco libros publicados y su obra poética ha sido antologada en Bélgica, España, México y Colombia. Compartió con Juan Gelman el Premio Nacional de Poesía de 1997. Es frecuente colaborador de *ArchiPiéLAGO* y miembro de su Concepto Editorial.